

sa, un siervo de Dios que la oía, al tiempo de consumir vió en la patena, no las especies de pan, sino un niño. Y al tiempo que el sacerdote le levantó para tomarle, volvió el niño el rostro, y como quien porfiaba, contradiciendo con los piés y con las manos á que no le recibiese. Y esto vió aquel siervo de Dios, no una, sino algunas veces. Y hablando una vez aquel sacerdote con él, vino á decir que no sabia qué era que cada vez que tomaba el cuerpo del Señor, lo tomaba con mucha dificultad. Entonces el siervo de Dios le contó lo que habia visto, y aconsejóle que mirase por sí y se enmendase. El sacerdote tomó muy bien el aviso, y compungido enmendó su vida, y despues oyendo su misa el mismo siervo de Dios vió al niño como de antes, mas que al tiempo de consumir, con los piés y manos juntas se le entraba por la boca sin mucha violencia.

CAPÍTULO XIV.

Del santo sacrificio de la misa.

Ya habemos tratado de este divino Sacramento, y de sus efectos y virtudes admirables, en cuanto es Sacramento. Resta tratar ahora de él en cuanto es sacrificio, que es una cosa que el sagrado concilio Tridentino, sess. 22, manda á los predicadores y pastores de las almas, que declaren á sus ovejas, para que todos entiendan

el tesoro grande que dejó Cristo nuestro Redentor en su Iglesia, en dejarnos este sacrificio, y se sepan aprovechar de él. Desde el principio del mundo, á lo menos despues del pecado, aun en la ley natural, siempre hubo y fueron necesarios sacrificios para aplacar á Dios, y para reverenciarle y honrarle en reconocimiento de su infinita clemencia y majestad. Y así en la ley vieja instituyó Dios sacerdotes y sacrificios muchos; empero como la ley era imperfecta, los sacrificios tambien lo eran: sacrificaban y mataban muchos animales; no les podia aquello llevar á perfeccion, no bastaba el sacerdocio de Aaron ni sus sacrificios para santificar á los hombres y quitarles los pecados: *Impossibile enim est, sanguine taurorum, et hircorum, auferri peccata.* Ad Hebr. x, v. 4, dice el apóstol san Pablo. Era menester que viniese otro sacerdote segun el órden de Melquisedec, que es Jesucristo, y que ofreciese otro sacrificio que es á sí mismo, que fuese bastante para aplacar á Dios, y santificar á los hombres y llevarlos á perfeccion. Y así dice san Agustin (1) que todos los sacrificios de la ley vieja significaban y eran figura de este sacrificio, y que así como una misma cosa se puede significar y dar á entender con diversas palabras y en diversas lenguas; así este único y verdadero sacrificio fue significa-

(1) August. lib. 1 contra adversarium legis, et prophetarum, cap. 18.

do y figurado mucho antes con toda aquella multitud de sacrificios, para por una parte encomendárnosle mucho y muchas veces, y por otra con diversidad y variedad quitarnos el fastidio que suele causar el repetir muchas veces una misma cosa. Y por eso, dice, mandaba Dios que le ofreciesen sacrificios de animales limpios, para que entendiésemos que así como aquellos animales que se habian de sacrificar carecian de los vicios y defectos del cuerpo, y no tenian mácula, así el que habia de venir á ofrecerse en sacrificio por nosotros no habia de tener mácula de pecado. Y si aquellos sacrificios agradaban á Dios nuestro Señor (como es cierto que por entonces le agradaban), era en cuanto por ellos confesaban y profesaban los hombres que habia de venir un Salvador y Redentor que habia de ser el verdadero sacrificio, y en virtud de este tenian aquellos entonces algun valor; pero en viniendo, y así que vino este Salvador y Redentor al mundo, desagradaron á Dios aquellos sacrificios, como lo dice el apóstol san Pablo: *Ideo ingrediens mundum dicit: Hostiam, et oblationem noluisti; corpus autem aptasti mihi, holocaustomata, et pro peccato, non tibi placuerunt.* Ad Hebr. x, v. 5. *Tunc dixi ecce venio: in capite libri scriptum est de me, ut faciam Deus voluntatem tuam.* Psalmo xxxix, v. 6. Dió Dios cuerpo á su unigénito Hijo, para que hiciese la voluntad de su Padre, ofre-

ciéndose por nosotros en la cruz; y así viniendo al mundo lo figurado, cesó la sombra y la figura, y dejaron de agradar á Dios aquellos antiguos sacrificios.

Pues este es el sacrificio que tenemos en la ley de gracia, y el que cada dia ofrecemos en la misa. El mismo Jesucristo, verdadero Hijo de Dios, es nuestro sacrificio: *Tradidit semetipsum pro nobis oblationem, et hostiam Deo in odorem suavitatis.* Ad Ephes. v, v. 2. Y estas no son consideraciones ni pensamientos propios, sino cosas que nos enseña la fe. La misa es verdad que es memoria y representacion de la pasion y muerte de Cristo. Y así dijo él cuando instituyó este soberano sacrificio: *Hoc facite in meam commemorationem.* Luc. xxii, v. 19. Pero es menester que entendamos que no solamente es memoria y representacion de aquel sacrificio en que Cristo se ofreció en la cruz al Padre eterno por nuestros pecados, sino es el mismo sacrificio que entonces se ofreció, y del mismo valor y eficacia. Y mas, no solo es el mismo sacrificio, sino tambien el que ofrece ahora este sacrificio de la misa es el mismo que el que ofreció aquel sacrificio en la cruz. De manera que así como entonces en tiempo de la pasion el mismo Cristo fue el sacerdote y el sacrificio; así tambien ahora en la misa el mismo Cristo es no solamente el sacrificio, sino tambien el sacerdote y el pontífice que se

ofrece á sí mismo cada dia en la misa al Padre eterno por ministerio de los sacerdotes. Y así el sacerdote que dice la misa representa la persona de Cristo, y como ministro é instrumento suyo y en su nombre ofrece este sacrificio. Lo cual declaran bien las palabras de la consagracion; porque no dice el sacerdote: *Hoc est corpus Christi*: Este es el cuerpo de Cristo; sino *Hoc est corpus meum*: Este es mi cuerpo, como quien habla en persona de Cristo, que es el sacerdote y pontífice principal que ofrece este sacrificio. Y por esta razon el profeta David, Psalm. cix, v. 4, y el apóstol san Pablo, ad Hebr. vii, v. 17, 21, le llaman sacerdote eterno segun el orden de Melquisedec. Y no se dijera bien sacerdote perpétuo, si una sola vez hubiera ofrecido sacrificio; pero dicese sacerdote eterno, porque siempre ofrece sacrificio por medio de los sacerdotes, y nunca cesa ni cesará de ofrecerle hasta el fin del mundo: *Talis enim decebat ut nobis esset pontifex, sanctus, innocens, impollutus, segregatus à peccatoribus, et excelsior cælis factus: qui non habet necessitatem quotidie, quemadmodum sacerdotes, prius pro suis delictis hostias offerre, deinde pro populi*. Ad Hebr. vii, v. 26. Tal sacerdote y tal pontífice habíamos nosotros menester, dice el apóstol san Pablo, que no fuese como los otros sacerdotes, que primero han menester rogar á Dios por sus pecados, y despues por los del pueblo; sino tal:

Qui in diebus carnis suæ preces, supplicationesque ad eum, qui possit illum salvum facere à morte, cum clamore, et lachrymis offerens, exauditus est pro sua reverentia, ad Hebr. v, v. 7, que por su dignidad y reverencia fuese oido. Tal, que no con sangre ajena, sino con la suya propia aplacase á Dios.

Pues ponderemos aquí las invenciones de Dios, y el artificio y sabiduría de sus consejos, que tomó para la salud de los hombres; y lo que hizo para que este sacrificio fuese por todas partes acepto y agradable, como lo pondera muy bien san Agustin, lib. 4 de Trinit. Porque habiendo en un sacrificio cuatro cosas que considerar: La primera, á quién se ofrece; la segunda, quién le ofrece; la tercera, qué es lo que se ofrece; la cuarta, por quién se ofrece; la sabiduría de Dios ordenó de tal manera este sacrificio, y con tal artificio, que el mismo que ofrece este sacrificio para reconciliarnos con Dios es uno con aquel á quien le ofrece: y se hizo uno con aquellos por quien le ofrecia, y él mismo era lo que ofrecia; para que por todas partes fuese acepto, agradable y eficaz este sacrificio. Y así fue de tanto valor y eficacia, que bastó para satisfacer y aplacar á Dios, no solo por nuestros pecados, sino por los de todo el mundo, y de cien mil mundos que hubiera: *Ipse est propitiatio pro peccatis nostris, non pro nostris autem tantum, sed etiam pro totius mundi*, I Joan. ii, v. 2, dice el

apóstol y evangelista san Juan. Y así dicen los teólogos y los Santos que este sacrificio no solo fue suficiente satisfaccion y recompensa por nuestras deudas y pecados, sino muy superabundante; porque mucho mas es lo que se da y ofrece aquí, que la deuda que debíamos; y mucho mas agradó al Padre eterno este sacrificio, que le habia desagradado la ofensa cometida. Y de aquí es tambien que aunque el sacerdote sea malo y pecador, no por eso deja de aprovechar y valer este sacrificio á aquellos por quien se ofrece, ni se disminuye nada de su valor y eficacia; porque Cristo es no solo el sacrificio, sino el sacerdote y pontífice que le ofrece. Como la limosna que vos haceis, aunque la enviéis por medio de un criado que sea malo y pecador, no por eso pierde nada de su virtud y mérito. Y así dice y define el concilio Tridentino, sess. 22, c. 2: *Una enim, eademque est hostia, idemque nunc offerens sacerdotum ministerio qui se ipsum tunc in cruce obtulit, sola offerendi ratione diversa*: El mismo sacrificio es este que el que entonces se ofreció en la cruz, y el mismo es el que ahora le ofrece por ministerio de los sacerdotes: solamente está la diferencia, dice el Concilio, en que aquel que se ofreció en la cruz fue sacrificio *cruento*, que quiere decir sangriento, con derramamiento de sangre, porque Cristo Redentor nuestro era entonces pasible y mortal; y este de la misa es sacrificio *incruen-*

to, que quiere decir sin derramamiento de sangre, porque ya Cristo está glorioso y resucitado, y así no puede morir ni padecer: *Christus resurgens ex mortuis, jam non moritur, mors illi ultra non dominabitur*. Ad Rom. vi, v. 9; Matth. xxvi, v. 26. Dice el Concilio, y dicenlo los Evangelistas, que habiendo el Redentor del mundo de ser sacrificado, y morir en la cruz para redimirnos, no quiso que se acabase allí el sacrificio: *Quia erat sacerdos in æternum*, Marc. xiv, v. 22; porque era sacerdote para siempre. Quiso que la Iglesia tuviese y le quedase su sacrificio; y porque era sacerdote segun el orden de Melquisedec, *Luc. xxii, v. 17*, el cual ofreció sacrificio de pan y vino, *Psalm. cix, v. 4*, convenia que se nos quedase en sacrificio debajo de especies de pan y vino. Y así en la última cena: *In qua nocte tradebatur, accepit panem, et gratias agens fregit, deditque discipulis suis*. I Cor. xi, v. 23. Entonces, cuando los hombres trataban de darle la muerte, trataba él de darles á ellos la vida: quiso dejar á su esposa la Iglesia visible un sacrificio visible, como lo pide la naturaleza de los hombres, que no solo representase y trajese á la memoria aquel sacrificio sangriento de la cruz, sino que tuviese la misma virtud y eficacia que aquel para perdonar pecados y aplacar á Dios, y reconciliarnos con él, y que fuese en efecto el mismo sacrificio. Y así consagró su cuerpo y sangre san-

tísima debajo de especies de pan y vino, convirtiendo el pan en su cuerpo y el vino en su sangre, y debajo de aquellas especies se ofreció al Padre eterno. Aquella, dicen los Doctores, que fue la primera misa que se celebró en el mundo, y entonces ordenó á sus discípulos sacerdotes del nuevo Testamento, y les mandó á ellos y á sus sucesores en el sacerdocio que ofreciesen este sacrificio, diciendo: *Hoc facite in meam commemorationem*. Luc. xxii, v. 19. Por esta razon dicen algunos que la fiesta del santísimo Sacramento es la mayor de cuantas la Iglesia celebra de Cristo nuestro Señor, porque las demás solamente son memoria y representacion, como la de la Encarnacion, Natividad, Resurreccion y Ascension: no se hace entonces el Hijo de Dios hombre, ni nace, ni resucita, ni sube á los cielos de nuevo, que allá se está siempre; pero esta fiesta no es solamente memoria y representacion, sino que de nuevo viene, y está Cristo debajo de aquellas especies sacramentales cada vez que el sacerdote dice las palabras de la consagracion; y de nuevo se ofrece cada dia en la misa el mismo sacrificio que se ofreció cuando Cristo murió por nosotros en la cruz.

Consideremos aquí el amor grande de Cristo para con los hombres, y lo mucho que le debemos, que no se contentó con ofrecerse una vez en la cruz por nuestros pecados, sino quiso quedarse

acá en sacrificio, para que tengamos no sola una vez, sino muchas, y cada dia hasta el fin del mundo, un sacrificio agradable que ofrecer al Padre eterno, y un presente tan grande y tan precioso que le presentar por nuestros pecados para aplacarle, que no puede ser mayor ni mas precioso y agradable. ¿Qué fuera del pueblo cristiano sino tuviéramos este sacrificio con que aplacar á Dios? *Quasi Sodoma fuissemus, et quasi Gomorra similes essemus*. Isai. I, v. 9. Ya estuviéramos como otro Sodoma y Gomorra, y nos hubiera Dios assolado y destruido como nuestros pecados merecian. Esto dice santo Tomás, 3 p., quæst. 49, art. 4, que es el efecto propio del sacrificio, aplacar á Dios con él, conforme á aquello de san Pablo: *Tradidit semetipsum pro nobis oblationem, et hostiam Deo in odorem suavitatis*. Ad Ephes. v, v. 2. Como cuando acá un hombre se aplaca y perdona la injuria que le han hecho, por algun servicio ó presente que le hacen; así es tan acepto y tan agradable á Dios este sacrificio y presente que le hacemos, que basta para aplacarle y para que podamos parecer delante de él, y que nos mire con ojos de piedad. Si el Viernes Santo cuando fue crucificado el Redentor del mundo os hallárais al pié de la cruz, y cayeran sobre vos aquellas gotas de su preciosa sangre, ¿qué consolacion sentiria vuestra alma! ¿qué esfuerzo tomariais! ¿qué esperanza tan

cierta cobrariais de vuestro remedio! El ladron, que en toda su vida no habia sabido sino hurtar, cobró tan grande ánimo, que de ladron se volvió santo, y de la cruz hizo paraíso. Pues el mismo Hijo de Dios, que entonces se ofreció en la cruz, él mismo se ofrece ahora en la misa por vos, y de tanto valor y eficacia es este sacrificio como aquel. Y así dice la Iglesia, Dom. 9 post. Pent. in oration. secret.: *Quoties hujus hostiæ commemoratio celebratur, opus nostræ redemptionis exercetur*. Aquellos frutos grandes de aquel sacrificio sangriento manan y se nos comunican á nosotros por este sin sangre.

Es tan alto y tan soberano este sacrificio, que á solo Dios se puede ofrecer; y lo nota el concilio Tridentino, sess. 22, c. 3, diciendo: Que aunque la Iglesia acostumbra decir misa en reverencia y memoria de los Santos, pero que no se ofrece este sacrificio de la misa á los Santos. Y así no dice el sacerdote: *Offero tibi Sancte Petre, vel Sancte Paule*; sino ofrécele á solo Dios, dándole gracias por las victorias y coronas que dió á los Santos, é implorando su patrocinio: *Ut ipsi pro nobis intercedere dignentur in cælis, quorum memoriam facimus in terris*: Para que ellos intercedan por nosotros en el cielo, pues nosotros los honramos y reverenciamos en la tierra.

De manera que este divino misterio no solamente es Sacramento como los demás, sino junta-

mente es sacrificio. Y hay mucha diferencia entre estas dos razones de Sacramento y de sacrificio; porque el ser sacrificio consiste en que se ofrezca por medio del sacerdote en la misa. Sentencia es muy recibida de los teólogos que la esencia de este sacrificio consiste en la consagracion de entrambas especies, y que entonces se ofrece, cuando se acaban de consagrar. Así como en el punto que Cristo espiró se acabó de hacer aquel sacrificio cruento en que se ofreció al Padre eterno por nosotros en la cruz; así este sacrificio de la misa, que es verdadera representacion de aquel, y es el mismo que aquel, se acaba esencialmente en el punto en que se acaban de decir las palabras de la consagracion sobre el pan y sobre el vino; porque entonces está allí, por virtud y fuerza de las palabras, el cuerpo en la hostia y la sangre en el cáliz; y en aquella consagracion de la sangre, que se hace en acabando de consagrar el cuerpo, se representa al vivo el derramamiento de la sangre de Cristo, y consiguientemente el apartamiento del ánima del cuerpo, que de ese derramamiento y apartamiento de la sangre del cuerpo se siguió. De manera que por las palabras de la consagracion se produce el sacrificio que se ofrece, y por ellas mismas se hace la oblation. Pero el ser Sacramento lo es siempre despues de consagrado, mientras duran las especies de pan, cuando está reservado en la custodia, y

cuando le llevan á los enfermos, y cuando uno comulga, y no tiene entonces razon ni fuerza de sacrificio. Y hay otra diferencia que, en cuanto es Sacramento, aprovecha al que lo recibe como los demás Sacramentos, dándole gracia y los demás efectos propios suyos; pero en cuanto es sacrificio, aprovecha no solamente al que lo recibe, sino tambien á otros por quien se ofrece. Y así nota el concilio Tridentino, que para estas dos cosas y por estas dos causas instituyó Cristo este divino misterio. La una, para que como Sacramento fuese mantenimiento del alma, con el cual se pudiese conservar, restaurar y renovar la vida espiritual. La otra, para que la Iglesia tuviese un sacrificio perpétuo que ofrecer á Dios, para perdon y satisfaccion de nuestros pecados, para remedio de nuestras necesidades, en recompensa y agradecimiento de los beneficios recibidos, y para impetrar y alcanzar nuevas gracias y mercedes del Señor. Y no solamente para remedio y alivio de los vivos, sino tambien de los difuntos que mueren en gracia y están en purgatorio, á todos aprovecha este sacrificio. Y hay aquí una cosa de gran consuelo, que así como el sacerdote cuando dice misa ofrece este sacrificio por sí y por otros, así tambien todos los que la están oyendo ofrecen juntamente con él este sacrificio por sí y por otros. Así como cuando un pueblo ofrece un presente á su se-

ñor vienen tres ó cuatro hombres y habla el uno solo con él, pero todos traen presente, y todos le ofrecen; así acá, aunque solo el sacerdote habla, y con sus manos ofrece este sacrificio; pero por mandos del sacerdote ofrecen todos. Verdad es que hay diferencia; porque en el ejemplo que traemos, aunque escogen uno que hable, pero cualquiera de los otros podia hacer aquello, y en la misa no; porque solo el sacerdote, que está escogido de Dios para ello, puede consagrar y hacer lo que se hace en la misa; pero todos los demás que sirven ó asisten á ella ofrecen tambien aquel sacrificio. Y así lo dice el mismo sacerdote en la misa: *Orate fratres, ut meum, ac vestrum sacrificium, acceptabile fiat apud Deum Patrem omnipotentem;* y en el cánon dice: *Pro quibus tibi offerimus, vel qui tibi offerunt:* Rogad, hermanos, á Dios que mi sacrificio y vuestro sea acepto y agradable á Dios todopoderoso. Lo cual deberia poner mucha codicia á todos de oír y ayudar á las misas, y lo declararemos mas en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO XV.

De qué manera se ha de oír la misa.

Lo que hemos dicho parece que nos obliga á tratar cómo se debe oír la misa, y lo que tenemos de hacer en ella. Y así diremos acerca de esto tres cosas que serán tres devociones que podemos

tener en la misa, y cada una de ellas es muy principal, y todas tres se pueden tener juntamente. Y no serán de nuestra cabeza, sino de nuestra madre la Iglesia, para que se tengan y estimen en lo que es razon. Quanto á lo primero, habemos de presuponer que la misa es una memoria y representacion de la pasion y muerte de Cristo, como queda dicho. Quiso el Redentor del mundo que este santo sacrificio fuese memoria de su pasion, y del amor que nos tuvo; porque entendió que acordándonos de lo que por nosotros padeció, nos seria esta continua memoria un despertador grande para amarle y servirle, y que no seríamos como el otro pueblo: *Qui oblití sunt Deum qui salvavit eos,* Psalmo cy, v. 21, que se olvidó del Señor que los salvó y sacó de Egipto. Y así una de las buenas devociones que podemos tener en la misa, conforme á esto, es ir considerando los misterios de la pasion que en ella se nos representan, sacando de allí actos de amor y propósitos de servir mucho al Señor. Para esto ayudará mucho saber las significaciones de lo que se hace y dice en la misa, para que así vamos entendiendo y gustando mas de los misterios tan grandes que allí se nos representan, porque no hay palabra, ni signo, ni ceremonia que no tenga grandes significaciones y misterios, y todas las vestiduras y ornamentos con que se viste el sacerdote para decir

misa nos representan tambien eso mismo. El amito dicen los Santos que representa el velo con que los judíos cubrieron el rostro á Cristo nuestro Redentor, cuando le decian, hiriéndole en el rostro: Profetiza quién te dió. La alba, la vestidura blanca con que Herodes, haciendo burla y escarnio de él, con su ejército le envió vestido á Pilato. El cingulo representa, ó las primeras ataduras y sogas con que fue atado cuando le prendieron, ó los azotes con que fue azotado por mandado de Pilato. El manípulo significa las segundas ataduras con que ataron á Cristo las manos á la columna cuando le azotaron. Pónese en el brazo izquierdo, que está mas cercano al corazon, para denotar el amor grande con que recibió aquellos crueles azotes por nuestros pecados, y el amor con que es razon que nosotros correspondamos á tan grande amor y beneficio. La estola representa las terceras ataduras, que fue aquella soga que le echaron al cuello cuando llevaba la cruz á cuestas para ser crucificado. La casulla representa la vestidura de grana que le vistieron para hacer burla y escarnio de él, ó segun otros representa aquella túnica inconsútil que le desnudaron para crucificarle. El entrar el sacerdote en la sacristía á vestirse de estas vestiduras sacerdotales representa la entrada de Cristo en este mundo, en el sagrario sacratísimo del vientre virginal de la Virgen